

Donald Trump y la precampaña

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

A pocos meses de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, prácticamente nadie recuerda que Trump tuvo que hacer frente a un proceso de destitución en enero del que salió airoso. De hecho, el multimillonario se veía con el viento de cola para asegurarse la reelección: tasas de paro muy bajas, fuerte crecimiento económico y resistencia comercial frente a China. Espléndido recetario del cumplimiento del programa electoral con el que venció en los comicios de 2016. De haber seguido así, tendría muchas papeletas para volver a repetir la hazaña, salvo que Joe Biden fuera capaz de aunar al Partido Demócrata al completo y movilizar a su favor a las minorías y a las clases bajas. Sin embargo, este escenario, en principio propicio para el presidente, se empezó a torcer con el inicio de la pandemia. Hoy por hoy, el país supera con holgura la cifra de los 100.000 fallecidos. Era el límite que Trump se había marcado en esa famosa entrevista en el Memorial a Abraham Lincoln. Ahora está por ver a cuántos ascenderá finalmente y algún día se tendrá que analizar la responsabilidad de su Administración.

Ya sabemos que la Inteligencia norteamericana advirtió de la peligrosa situación existente en China desde enero, sin que nadie tomara cartas en el asunto. Inicialmente, Trump no se tomó en serio el aviso, hablando simplemente del “virus chino”, como si éstos tuviesen nacionalidad. Posteriormente, viendo que Estados Unidos se infectaba tan deprisa como las naciones europeas, no dudó en formular su propia teoría de la conspiración: el COVID-19 había sido creado en un laboratorio de Wuhan para desde allí expandirse por el mundo y perjudicar los intereses económicos de sus competidores. Incluso, la “desastrosa gestión” de la Organización Mundial de la Salud, acusada de sinófila, no resultaba creíble y, por tanto, no se merecía la ayuda anual de los norteamericanos. Mientras, con un Joe Biden casi desaparecido por mor de la epidemia, el presidente comparecía a diario en rueda de prensa diciendo tamañas sandeces que avergonzaban a sus asesores en materia de sanidad. Bastaba con ver las caras que ponía el Dr. Fauci cada vez que su jefe hablaba de posibles remedios. Viendo que sus índices de popularidad descendían, no tuvo otro remedio que limitar sus apariciones. Hábilmente, Biden, cuya fama de metepatas es conocida, ha estado bastante callado estos meses, dejando a Trump el protagonismo absoluto. Y es que esta clase de personajes, cuanto más hablan, más evidente es su ignorancia y estulticia, por lo que los asesores del ex vicepresidente han sido muy listos, pues ha conseguido subir en las encuestas estando escondido y en silencio. Buena jugada, sin duda.

Al mismo tiempo, y como en Italia, España o Francia, el cierre de negocios ha hecho ascender el número de parados de manera espectacular, lo que ha supuesto un duro golpe para la línea de flotación del discurso de Trump. Presumiblemente, los logros en el empleo iban a ser uno de sus principales argumentos del America firsts de su precampaña. No parece claro que una plena recuperación económica esté en marcha para el mes de octubre. Él ha tratado de acelerar la desescalada muy consciente de la mala jugada que la situación económica le podía pasar, pero la expansión del virus aún no está controlada y no hay que descartar nuevos rebrotes. Porque ni siquiera el todopoderoso Donald Trump es capaz de prever qué puede suceder en los próximos meses, en especial, si el retorno a la normalidad no se hace de forma controlada y cuidadosa.

Y, precisamente, ha sido en este tiempo de transición cuando le ha estallado una contrariedad con el que tampoco contaba: el homicidio de George Floyd a manos de un agente de Minneapolis. La brutalidad empleada ha dado la vuelta al mundo y ha generado una ola de indignación en muchos lugares del planeta. Y es que, como suelo decir a mis estudiantes, la organización armada que más muertos provoca en el mundo es la policía norteamericana. Ésta es una cuestión a la que hasta la fecha nadie ha sido capaz de poner solución y menos Trump, que, con las primeras manifestaciones, lo único que hizo es esconderse en el búnker de la Casa Blanca. Todo un acto de cobardía. ¡Él, que va dando lecciones a gobernadores y alcaldes! Poco después se le ocurrió presentarse Biblia en mano delante de una iglesia, tras haber disuelto previamente a los manifestantes pacíficos con gases lacrimógenos. Todo un ejercicio de insensatez que se ha vio agravado por su idea de sacar al Ejército a las calles. ¿Acaso un problema social se resuelve echando a los soldados contra los ciudadanos? Éste es el concepto de democracia de este señor que no avala el Secretario de Defensa y que pone muy a las claras ante qué tipo de persona se enfrenta la sociedad norteamericana. Para ello sólo hay un remedio: los votos. Destrozar y saquear es un acto primitivo que apenas tiene consecuencias. Ir a las urnas en noviembre para de removerlo de su puesto es un acto de higiene democrática.

7 de junio de 2020

Publicado en *El Diario Vasco*, 15 de junio de 2020, p. 17